

JUAN PINA

LOS GUARDIANES DEL TIEMPO

Para Roxana

*«La razón es la herramienta básica
de los seres humanos para sobrevivir»*

(Ayn Rand)

ACLARACIÓN PREVIA

SON FICTICIOS LOS actos, situaciones y diálogos de los políticos contemporáneos y demás personajes reales que aparecen en la trama de esta novela.

PRÓLOGO

Kogan, en la Antigüedad

LAS CÚPULAS DE oro que coronaban los principales edificios de Kogan habían sido testigos de una tragedia tan absurda como inesperada, en vísperas de otra tragedia mayor que ya no habría de importar a nadie. En la enorme plaza central, los círculos concéntricos azules y dorados estaban sembrados de cuerpos sin vida. El río, de igual nombre que la ciudad, traía cadáveres procedentes de las aldeas más remotas. En muchas paredes estaban escritas con trazos desgarrados las últimas palabras de una nación moribunda.

Zalm apartó las lágrimas de su rostro e inclinó la cabeza ante el panteón familiar. Él mismo había sepultado los cuerpos de su esposa y de sus tres hijos en los lugares asignados. Se colocó de nuevo la mascarilla que debía protegerle de la terrible epidemia, aunque ya comenzaba a sentirse enfermo. No había tiempo que perder. Estaba decidido a ejecutar su plan. Montó en su vehículo y recorrió las calles forzando el motor eléctrico y sorteando los cadáveres. Ya llevaba allí treinta y seis horas y todavía no había encontrado a un solo superviviente, ni lo iba a encontrar. Había recorrido de un extremo a otro el pequeño país con su aeronave. Nadie había sobrevivido. El virus había afectado incluso a algunas especies animales.

Los últimos boletines de información publicados en papel-plástico y en formato audiovisual le habían servido para deducir cuánto tiempo de vida le quedaba. Suponiendo que hubiera contraído la enfermedad nada más pisar la ciudad, tenía por delante unos doce días de vida, pero los últimos cuatro serían

insufribles. Por eso muchos se habían suicidado, incluyendo a su familia. A Zalm le recorrió un escalofrío al imaginar el terror y la desesperación de su esposa cuando inyectó a sus hijos y después a sí misma el veneno distribuido por las autoridades para evitarles una insoportable agonía.

Científico e integrante de la Agencia de Exploración Exterior, constituida apenas un par de años atrás, Zalm había sido el último explorador en regresar de un viaje larguísimo. Su misión había sido la más lejana y la única que había dado resultados de interés al encontrar algunas sociedades humanas ligeramente avanzadas. Zalm había emprendido el viaje de regreso entusiasmado por su hallazgo: la atrasada humanidad exterior, descubierta unas décadas antes, sí evolucionaba en su desarrollo, aunque lo hiciera muy despacio. Su pueblo no estaba solo. El mundo estaba lleno de grupos humanos en diversos estadios de desarrollo primitivo, y algunos de esos grupos eran firmes candidatos a convertirse en civilizaciones complejas. La diversidad étnica era enorme pero el denominador común era el lento avance de la razón como herramienta superadora de los temores y de las amenazas naturales.

El explorador se identificó con las comunidades visitadas. Aquellos otros humanos merecían el respeto y el reconocimiento de su pueblo. Zalm había visto incipientes urbes, trazos que representaban cantidades y conceptos en un evidente camino hacia el lenguaje escrito, representaciones artísticas de asombrosa calidad... Pero sus noticias ya no iban a sorprender a nadie. Todos sus compañeros de la Agencia habían llegado de vuelta semanas o meses atrás. Alguno de ellos, seguramente uno de los últimos, había traído sin saberlo la espantosa enfermedad. «Por lo menos pudieron despedirse de los suyos y morir junto a ellos», pensó al recordar a sus compañeros, mientras circulaba por la capital.

Su llave de seguridad en forma de espiral llevaba un código de alto rango y le abrió casi todas las puertas. Las demás las forzó dejando que sonaran las alarmas. Se instaló en el laboratorio

más avanzado y comenzó a seleccionar soportes cibernéticos. Después cruzó la plaza, entró en la sede del parlamento y destruyó los mecanismos de seguridad del archivo de secretos oficiales para consultar la documentación sobre la fuente de energía descubierta unos años antes, aquel enorme avance que propulsaba las escasas aeronaves construidas y que ya suministraba luz y calor a toda la población.

Regresaba al laboratorio cargado de información en varios formatos cuando se produjo un nuevo impacto a unos kilómetros y se oyó una fuerte explosión. Zalm se agarró a un banco de metal y resistió el temblor de tierra. Miró horrorizado al cielo y lo maldijo. El clima se había vuelto loco y las horas de luz se estaban acortando. Los frecuentes terremotos habían destruido barrios enteros y la actividad volcánica había sepultado varias aldeas del Norte, mientras en Kogan el frío ya era casi insoporrible. Las explosiones ocurrían cada pocas horas. Pero ya daba igual, pensó Zalm.

En la cámara de alimentos del laboratorio encontró algo de comida. Se preparó un plato de vegetales al vapor y se lo llevó a su improvisado lugar de trabajo. Unas horas después salió nuevamente en busca de los materiales que necesitaba. Visitó varios edificios oficiales, bibliotecas y otras instalaciones. Su actividad fue frenética hasta caer agotado en un sillón. Cuando despertó notó un sudor frío. Se pasó la mano por la frente, que sobresalía considerablemente hacia delante y culminaba en unas cejas muy pobladas. Su ancha cabeza estaba cubierta de un cabello oscuro y ondulado. Los ojos se le llenaron de lágrimas pensando que no sería capaz de cumplir su plan, pero se serenó y se puso de nuevo manos a la obra. «Dos días más», se dijo, «pasado mañana tengo que emprender el viaje». Ya tenía claro su destino, el destino de su herencia. «Que sólo la razón me guíe».

PRIMERA PARTE

el de su tío Felipe. Le había comprado un juego de química que a las otras chicas les pareció muy aburrido pero a Diana le resultó apasionante. Estaba deseando quedarse sola para empezar a mezclar esas misteriosas sustancias.

Los niños siguieron jugando en el jardín, aprovechando aquella luminosa tarde de sábado. Al cabo de un rato, Diana entró en casa para ir al cuarto de baño. Pasó delante del lujoso salón del chalé y vio que su madre y el tío Felipe estaban conversando sentados en un sofá. La siguiente estancia era el despacho de su padre, y por debajo de la puerta se veía luz. La niña iba a entrar a darle un beso cuando escuchó la voz de su padre, que hablaba por teléfono con alguien. Apenas se oía a través de la gruesa puerta de madera de roble, pero Diana se acercó y pudo distinguir lo que decía.

—Entonces, ¿estás segura? ¿Me confirmas que va a ser Suárez? ... Magnífico, ¡Adolfo Suárez, presidente del gobierno! Qué acierto, qué inmenso acierto ... Y la toma de posesión ... claro, el lunes ... Que no, que yo no sabía nada, ¿qué iba a saber? Seguro que tú sí estabas enterada, claro ... Ya ... Claro, pero en cualquier caso esto no afecta ni para bien ni para mal a la operación, puesto que Suárez ya no tiene las coordenadas.

Y entonces cambió a un idioma extraño que Diana no logró identificar. Que ella supiera, aquella lengua de tan complicada pronunciación no era ninguna de las que hablaba el eminente físico Carlos Román. ¡Su padre también utilizaba un idioma secreto con otra persona, una mujer! La niña no habría sabido definir el sentimiento que le produjo aquella revelación. Eran celos. Su padre dijo unas pocas frases en aquel idioma tan singular y retornó al castellano:

—Sí, sí, claro, como tú quieras ... ¡Pero si no es ninguna molestia, mujer! ... Bueno, lo mismo digo. Ah, y dile a tu marido que no me entere yo de que viene a Asturias y no sube a vernos ... Pues claro. ¡Si de Oviedo a Gijón no se tarda nada! ... Eso es ... Bueno, un abrazo, adiós.

Diana esperó unos instantes y llamó. Abrió la puerta del despacho aunque no había oído el «adelante» habitual y se llevó una

sorpresa mayúscula: su padre no estaba. La habitación no tenía más puertas, ni tampoco ventanas. Se acercó hasta la mesa y entonces le llamó la atención un documento que había sobre la gran carpeta de escritorio forrada en piel. El documento era cuadrado y tendría unas cincuenta páginas. Estaba escrito en un idioma de extraños caracteres y la tinta empleada era azul. A sus trece años recién cumplidos, Diana sabía distinguir las escrituras latina, cirílica, árabe, hebrea, china, india y algunas otras, aunque naturalmente no entendía todos esos idiomas. Pero su padre nunca le había mostrado ese alfabeto tan interesante. En la parte superior de las páginas había un símbolo que a Diana le llamó la atención. Lo estaba mirando cuando su madre apareció en el umbral del despacho.

—¡Diana! ¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! ¿No te tengo dicho que al despacho sólo puedes entrar cuando estemos tu padre o yo?

—¡Pero si papá estaba aquí dentro hablando por teléfono, y cuando yo he entrado ha desaparecido...!

—¡Tonterías! ¿Cómo va a desaparecer? ¡Estabas curioseando, no lo niegues! ¡Desde luego tú vas para espía, hija! Ya verás cómo se va a poner cuando se entere. Tu padre está arriba.

—Que no, mamá, que estaba...

—Sube a buscarle.

—Pero si...

—¡He dicho que subas a buscarle inmediatamente! ¡Sube ahora mismo! —Diana nunca había visto a su madre tan enfadada y nerviosa por una travesura suya, y encima esta vez no había hecho nada.

Salió de mal humor y subió las escaleras. Abrió la puerta del dormitorio de sus padres. Nada. Bajó las escaleras y cuando pasó ante el despacho, estaba cerrado y con la luz apagada. Entró en el salón y allí estaban sus padres, charlando tranquilamente con la abuela y con el tío Felipe.

—Ah, Diana, ven aquí. Me ha dicho tu madre que andabas fisgando en mi despacho —el padre mostraba un gesto severo.

—No, papá. Es que te oí hablar por teléfono y entré para verte, pero no estabas.

—¿Cómo que no estaba? —de pronto sonrió a su hija y se levantó para abrazarla—¡Estaba escondido para gastarte una broma!

Diana se quedó en silencio mirándole fijamente a los ojos. Al final fue él quien bajó la vista. La niña aceptó fríamente el abrazo y no dijo nada. Por encima del hombro de Diana, el padre intercambió con su esposa una mirada que significaba «por los pelos». El tío Felipe, mientras tanto, cargaba su pipa con tabaco holandés al aroma de whisky y conversaba con su madre, la abuela de Diana. A la niña se le quedó grabado aquel extraño incidente. Adoraba a su padre y nunca antes se había sentido engañada por él. Por la noche buscó en un diccionario la palabra «coordenadas».

Gijón, 4 de julio de 1976

CARLOS ROMÁN SE había dormido poco después de la medianoche, pero se desveló de madrugada, como casi siempre. Miró el reloj. Buscó sus gafas y una bata, y decidió subir a la pequeña azotea del chalé antes de que el amanecer le impidiera contemplar las estrellas. El aspecto de Carlos era el del típico sabio despistado, siempre pensativo. Se había quedado casi calvo desde muy joven. Sólo una corona de cabellos muy finos y cada vez más canos luchaba aún por sobrevivir alrededor de su cabeza. Unos ojos escrutadores, castaños como los de su hijo Marcos, observaban el mundo a través del grueso cristal de sus gafas. Diana, sin embargo, había heredado los ojos negros de su madre y de su abuela Martha. A sus cuarenta y cuatro años, el científico asturiano había logrado mantenerse en buena forma física. Le encantaba perderse por los senderos más remotos de los Picos de Europa y podía pasarse un día entero caminando.

Al arquitecto no le había hecho ninguna gracia que Carlos le pidiera a última hora esa superficie lisa que rompía la estética del tejado de pizarra previsto, pero se las arregló para colocarla de la manera más elegante posible. A fin de cuentas, aquella era la menor de las excentricidades solicitadas por su cliente y buen amigo.

Carlos había mandado instalar en la azotea un potente telescopio con el que pensaba enseñar a sus hijos a conocer el firmamento. Le fascinaba el «gran» universo casi tanto como el «pequeño», al que había dedicado su vida profesional: ese mundo de partículas subatómicas que cada día arrojaba un poco más de luz sobre los orígenes y el funcionamiento de *todo*. Pero a él lo

que le preocupaba era encontrar el medio de producir un tipo muy concreto de partículas. Esa era la misión de su vida profesional y le exigía mucha dedicación, pero Carlos tenía otras vidas. Quizá demasiadas.

Entre ellas, desde luego, estaba la vida familiar, a la que entregaba menos tiempo del que habría deseado. Su esposa, Leonor, era una persona fuerte y segura de sí misma, aunque su apariencia era la de una mujer menuda y frágil. Era una antropóloga muy reconocida en el extranjero aunque menospreciada por casi todos sus colegas españoles, tal vez por ser mujer. Sus libros, traducidos a muchos idiomas y considerados como lecturas fundamentales en algunas universidades europeas y norteamericanas, apenas habían llegado a distribuirse en España.

Los dos habían sido unos «bichos raros» en la España franquista. Secretamente despreciaban aquel régimen absurdo y oscurantista, pero no compartían el movimiento pendular que por entonces llevaba a casi toda la oposición a proponer, contra esa forma de totalitarismo, otros modelos igualmente totalitarios. El sistema que ellos preferían era la democracia pluripartidista en un marco de derechos civiles y economía de mercado. Eso les adjudicaba automáticamente la etiqueta de «rojos» entre los partidarios del «invicto caudillo», y la de «fachas» entre sus oponentes más izquierdistas. Sin embargo, estaban seguros de que el país sólo tendría futuro si se encaminaba hacia ese sistema. La designación de Suárez era una excelente noticia para Carlos. Le había conocido personalmente y estaba seguro de que el rey había acertado con el nombramiento. Aunque era un político de segunda fila y su cartera ministerial estaba vinculada al aparato ideológico del régimen, en realidad era la persona ideal para iniciar la transición: joven, tenaz, pragmático y con mucha mano izquierda. Ahora faltaba que se le dejara hacer su tarea, cosa que no iba a ser precisamente fácil.

Hacía mucho tiempo que Carlos Román no contemplaba el firmamento, y tal vez por eso pasó un buen rato mirándolo. Le vinieron a la mente palabras. Cosmogonía, cosmología, cosmo-

visión. La visión, o en realidad la *comprensión* del cosmos, del universo, siempre había obsesionado a la humanidad. Sin embargo, hasta fechas relativamente recientes, pocos habían intentado alcanzar esa comprensión mediante el estudio riguroso, mediante el uso del intelecto para aprehender la realidad, deducir verdades y construir teorías lógicas basadas en datos precisos y hechos demostrables. Desde el pasado más remoto, millones de seres humanos habían perdido el tiempo desarrollando toda clase de *atajos* irracionales: cosmogonías fantásticas, mitos sin pies ni cabeza que se habían ido sustituyendo por otros igualmente absurdos en función de quién estuviera en el poder o de las conquistas de unos pueblos sobre otros. Cuántos siglos perdidos... qué poco tiempo hacía desde que la humanidad situó la ciencia en su lugar. O, simplemente, desde que se decidió a usar por fin, sin reservas, la razón. Recordó una frase de una gran filósofa contemporánea: «la razón es el reconocimiento de que nada puede alterar la verdad, y que nada puede sustituir la percepción real de la misma».

Carlos y Leonor se habían casado por lo civil en Inglaterra, de donde provenía la familia materna de ella. Ninguno de los dos era creyente y no habían bautizado a sus hijos. Lo que no habían podido evitar era enviarlos a colegios religiosos, porque en aquella España del nacionalcatolicismo era extraordinariamente difícil encontrar colegios privados y de calidad que no estuvieran en manos de la Iglesia Católica, y más aún en una ciudad «de provincias». A duras penas habían conseguido que los niños quedaran exentos de la asignatura de religión y de las actividades católicas alegando —nada menos— que la familia profesaba la fe protestante de la abuela inglesa, aunque la madre de Leonor tampoco era religiosa. Diana y Marcos fueron educados por sus padres en el respeto a las creencias religiosas de los demás, pero también en la supremacía de la razón.

«El lunes regreso a Ginebra», decidió Carlos. Aunque le habría gustado quedarse un par de días más en casa, la investigación que tenía entre manos estaba en una fase delicada y a la vez

apasionante. Tal vez esa investigación fuera, con el paso de los años, el único medio capaz de asegurar la supervivencia de la humanidad, incluidos, naturalmente, sus propios descendientes. Al pensarlo se entristeció, pero enseguida le vino a la cabeza la mirada inteligente de su hija Diana. Carlos no era consciente de su predilección por su primogénita, por la heredera.

SEGUNDA PARTE

Bucarest, 7 de junio de 1989

AUNQUE TODAVÍA NO hubiera comenzado oficialmente, el verano ya se dejaba sentir en la capital rumana y amenazaba con imponer a sus habitantes, más pronto que tarde, alguno de los periodos de canícula insoportable que caracterizan la estación. Los rumanos aprenden en el colegio que el clima de su país, y particularmente el de Bucarest, es continental *atemperado*. «El que inventó ese eufemismo debía de ser un ideólogo del partido, porque aquí en invierno nos morimos de frío y en verano de calor», pensó Cristian mientras se adentraba en el enorme parque de Herăstrău.

Había dejado en una de las entradas del parque, en el bulevar Kiseleff, su flamante automóvil Dacia de fabricación nacional: una especie de reencarnación carpática del viejo Renault 12, dotado de la misma carrocería pero mucho más avanzado en cuanto a su capacidad de temblar y emitir ruidos. Tener coche era todo un símbolo de estatus, sobre todo si el vehículo estaba recién terminado en la enorme megaempresa estatal de Colibași, una ciudad-factoría con cerca de treinta mil empleados. Y Cristian, para ser tan joven, ya tenía cierto estatus. No se le contaba entre la *nomenclatura*, esa casta privilegiada conocida también como «aristocracia roja». No formaba parte de ninguna de las organizaciones de masas. Tampoco era hijo ni sobrino de ningún cuadro del partido. De hecho, su origen familiar y su sentido común le llevaban a rechazar profundamente el régimen. Y sin embargo, Cristian Brătianu era un agente especial de la temida Securitate, la dirección de seguridad del Estado que formalmen-

te dependía del ministerio del Interior pero que, en realidad, era como un poderoso «Estado dentro del Estado».

Si en todas las dictaduras totalitarias ha sido importantísimo el rol del aparato de seguridad y del servicio secreto, en el régimen sectario de Nicolae Ceaușescu su papel era tan protagonista que terminaría por decidir el destino final del *Conducător*¹ y diseñar la Rumanía postcomunista, perpetuándose en el ejercicio de un enorme poder fáctico que ha continuado incluso hasta hoy. La Securitate, en aquel momento, constaba de nueve grandes direcciones operativas, cuatro unidades adicionales y otros dos departamentos. Bajo la comandancia del todopoderoso general Iulian Vlad, el complejo engranaje contaba con cerca de veinte mil efectivos y cientos de miles de informadores repartidos por todo el país. Entre las funciones principales de muchas de las secciones estaba la de vigilarse e infiltrarse unas a otras, como expresión más acabada de la paranoia del régimen. La Securitate ejercía un control orwelliano sobre el país y disponía de multitud de empresas propias para autofinanciarse, pero también se ocupaba de la inteligencia exterior, con equipos de espías dispersos por todo el mundo.

A sus veinticuatro años, Cristian era un joven normal que se había licenciado en arqueología un año antes. Le resultaba muy atractivo a las chicas hasta que abría la boca. Entonces su exasperante timidez, su ingenuidad y su miedo atroz al ridículo enfriaban toda la pasión que hubieran llegado a despertar sus ojos verdes, su cabello rubio o sus rasgos «perfectos aunque algo infantiles», según la catalogación de una amiga de su hermana. De complexión atlética y en buena forma, no necesitó demasiado entrenamiento físico pero sí tuvieron que enseñarle algunas técnicas de defensa personal. Durante su breve estancia en la aca-

1 «*Conducător*» («conductor») es la versión rumana de títulos como *Führer*, *Duce* o Caudillo. Su primer usuario fue el mariscal Ion Antonescu (1882-1946), que lideró un régimen autoritario aliado del Eje. El dictador comunista no tuvo empacho en recuperar para sí mismo esta denominación, haciéndose llamar a menudo «*conducătorul iubit*» («amado conductor»).

demia de la Securitate —situada en la zona residencial de Băneasa, cerca del aeropuerto del mismo nombre que se encuentra al Norte de la capital—, Cristian recibió formación personalizada e intensiva en el uso de armas de fuego y, sobre todo, en los sistemas de vigilancia y contravigilancia así como de codificación y comunicaciones. También le dieron algunas nociones de política exterior y diplomacia, y tuvo que perfeccionar sus idiomas. «Algún día usaré todos estos conocimientos contra vosotros», se juró cuando sus jefes dieron por terminada su capacitación.

El informe de confiabilidad política que habían adjuntado a su dossier le calificaba como «absolutamente leal y digno de la mayor confianza», pese a que su padre había sido un «enemigo de clase» que murió en prisión en 1977, cuando Cristian aún no había cumplido trece años. Para el director de la academia era «una satisfacción especial comprobar cómo un descendiente del clan nefasto de los Brătianu se conduce con la responsabilidad socialista que el Estado espera de cualquier muchacho de su edad, demostrando así que el imperialismo burgués no es una tara genética sino meramente cultural». Elena Ceaușescu, la omnipotente esposa del tirano, había leído con sumo interés el informe sobre este joven arqueólogo, que había sido el número uno de su promoción y que, pese a su juventud, era todo un experto en los orígenes de la cultura dacia².

Cristian no lo tuvo nada fácil para ingresar en la universidad, un espacio normalmente vedado no solamente a los «contrarrevolucionarios», sino incluso a sus hijos. Pero sus calificaciones eran tan impresionantes como su constante simulación de un profundo odio a la figura de su padre y a cuanto significaba el pasado burgués de los Brătianu. En realidad, el padre de Cristian

2 Los dacios fueron los habitantes de Dacia, la provincia conquistada para Roma por el emperador Trajano en el año 106 de nuestra era. Su territorio se correspondía aproximadamente con el de la Rumanía actual. El origen más remoto del pueblo rumano se encuentra en la etnia dacia fuertemente romanizada, y de esa romanización deriva el propio nombre del país. La lengua rumana, que es el idioma actual más similar al latín, ha conservado algunas palabras dacias.

procedía de una rama de la familia cuyo parentesco era bastante remoto con aquellos Brătianu que fueron protagonistas esenciales de la política de su país durante un siglo³. Pero en la Rumanía del ignorante zapatero Nicolae Ceaușescu la mera vinculación familiar con aquellos políticos liberales, por remota que fuera, constituía un desdoro en el currículum. Cristian había crecido huérfano de padre desde antes incluso de que éste muriera: a su hermana Silvia y a él mismo, el régimen les había hurtado la convivencia con su padre durante los dos últimos años de su vida, cuando Cristian tenía diez años y Silvia apenas seis. Finalmente había muerto en la espantosa prisión de Sighet, igual que otros Brătianu más ilustres⁴, no se sabe si por la neumonía que arrasaba o por los malos tratos de que fue objeto. Ese mismo año se cerró definitivamente aquel odiado centro de reclusión y tortura, conocido como la «Lubianka rumana» aunque probablemente superó en horror a la tristemente famosa prisión moscovita. El régimen, por supuesto, siguió torturando a los disidentes en muchos otros lugares.

Nunca supieron nada de él, ni siquiera en qué cárcel estaba recluido, ni si estaba vivo o muerto. Sólo unos meses después de su fallecimiento recibieron una fría notificación administrativa. El cadáver había sido «destruido». El corazón de la viuda estuvo a punto de estallar y desde entonces se convirtió en una máquina muy frágil. El delito de Laurențiu Brătianu había sido mantener cierta correspondencia personal con algunos parientes lejanos en el exilio, y escribir para sí mismo, como una válvula de esca-

3 Ion Brătianu (1822-1891) fue tres veces primer ministro. Su hijo Ionel (1864-1927) ocupó el cargo en cinco ocasiones, la última en 1927, sucediéndole su hermano Vintila (1867-1930). La familia dio también ministros y otros altos cargos.

4 En la prisión de Sighet —situada en la localidad de Sighetu Marmăției (región de Maramureș) y apodada «la cárcel de los ministros», pues en ella confinó el régimen comunista a muchos miembros de los gobiernos anteriores— murieron Constantin y Gheorghe Brătianu, junto a otros dirigentes liberales y de los demás partidos democráticos. La antigua prisión es hoy un museo y un memorial cívico sobre los crímenes del comunismo.

pe, un libro de ensayos críticos sobre el régimen. Por supuesto nunca habría podido imprimir ese libro, pero la maquinaria represiva comunista quiso creer que aquel desdichado profesor de literatura formaba parte de algún rocambolesco complot. De vez en cuando, los responsables de la seguridad del Estado hacían méritos presentando ante la cúpula del partido conspiraciones desmanteladas y traidores confesos y condenados. Un Brătianu era un candidato ideal a aparecer como reo de sofisticadas confabulaciones golpistas en los informes delirantes que se redactaba para las altas esferas del régimen.

Dos agentes de la Securitate habían abordado a Cristian al salir de su casa, en noviembre de 1988, para mantener con él una larga charla cuyo objetivo era incorporarlo a «tareas de arqueología» dentro del cuerpo. El chico había terminado la carrera unos meses antes y no sabía cuál iba a ser su futuro, ya que en el sistema comunista correspondía al Estado asignar a cada joven el puesto de trabajo «idóneo para el país» (no contaba mucho que fuera también el puesto deseado por esa persona). Ese proceso de «reparto» podía llevarle a trabajar de profesor de escuela en cualquier remoto pueblo de los Cárpatos, o en otra tarea más alejada aún de la arqueología. Lo difícil era lo que él estaba intentando: seguir en la universidad como profesor adjunto o trabajar en algún equipo de investigación arqueológica. Hacían falta enchufes y Cristian, pese a su brillante expediente académico, tenía un apellido que a muchos profesores les daba miedo respaldar. Al presentarse, todo el mundo le preguntaba lo mismo: «¿vienes de esos Brătianu?» Y no podía decir que no.

La unidad para la que estaba siendo reclutado dependía directamente de la esposa de Ceaușescu y casi nadie sabía de su existencia. Los reclutadores no tenían ni la más remota idea de en qué dirección, sección o unidad le iban a encuadrar. Sólo sabían que el número dos, el segundo hombre más poderoso de toda la Securitate, les había pedido que le propusieran un candidato que cumpliera unas determinadas condiciones y que fuera arqueólogo, nada menos. Uno de los reclutadores necesitó que

el otro le explicara en que consistía exactamente eso de «arqueólogo». Cuando entrevistaron a Cristian se les notaba que, fuera cual fuera el puesto a cubrir, a ellos les parecía absurdo captar a uno de esos aburridos empollones para el cuerpo de seguridad del Estado. Pensaron, y no iban descaminados, que se trataría de alguna nueva excentricidad de la *compañera* Elena Ceaușescu, siempre con sus pretensiones de gran científica. A Cristian le repugnaban aquellos *securistas* que le estaban entrevistando, y también la idea de ingresar en el aparato responsable de la peor represión de Europa oriental. Pero rápidamente comprendió que aquella era una oportunidad de oro para mejorar sustancialmente la ruinosa economía familiar, y además le daba una remota esperanza de salir algún día en una misión a Occidente y aprovechar para pedir asilo político. Por otra parte, parecía que las tareas a realizar estaban relacionadas con la arqueología, y en cualquier caso, ¿cómo habría podido negarse?

Mientras caminaba ensimismado junto a la orilla del lago de Herăstrău, que ocupa una buena porción del parque de idéntico nombre, alguien le agarró del brazo.

—Hola, Cristian, te has pasado de largo. ¿Es así como forman ahora a los agentes en Băneasa? —el «número dos» de la Securitate, el general Aurel Popescu, le miró fijamente a los ojos con un gesto frío y neutro. Con unos cincuenta años, el pelo algo cano y una expresión inescrutable, Popescu debía de ser el único miembro de la *nomenclatura* que se preocupaba por vestir con distinción. Lujosamente trajeado en un país donde conseguir una camisa era todo un logro, parecía más un diplomático inglés que un alto mando del servicio de inteligencia y seguridad del Estado. Cristian pensó, sin embargo, que aquel traje y aquella corbata debían de ser insoportables con el calor que empezaba a hacer.

—A sus órdenes, compañero general. Le pido disculpas. He debido de equivocarme de embarcadero. Ya veo que me había citado usted ahí detrás.

—No importa, Cristi, no importa. Vamos a sentarnos en aquel banco.

Mientras caminaban hacia el banco de madera, Cristian identificó automáticamente a los cuatro escoltas de su interlocutor, situados en semicírculo sin demasiado disimulo y a unos cuarenta metros de su jefe. Calculó sin proponérselo que tardarían unos siete segundos en llegar hasta su protegido si fuera preciso intervenir. Dedujo cuál de aquellos hombres era el jefe de los demás y memorizó su aspecto. Y reconoció como su mejor ruta de huida una lancha a motor atracada a pocos metros. «Así que tampoco es tan mala la formación de la escuela de Băneasa», pensó.

—Tú, Cristi... tú no eres un agente de la seguridad del Estado. Si no hay más que verte... —al joven le molestó por segunda vez la familiaridad con que le tuteaba Popescu, pero naturalmente tuvo que aguantarse—. Tú eres un arqueólogo, y al parecer uno bastante bueno, según las referencias de la universidad. Lo tuyo es limpiar vasijas y hachas de sílex con un pincelito, y escribir unos libros así de gordos que nadie se leerá... no ir por ahí de James Bond rojo. Eres uno de esos intelectuales delicados a los que les horroriza la violencia y la sangre. Te sienta como una patada en el hígado formar parte del cuerpo, aunque te gustan los privilegios que ello comporta, como es normal.

»Te he citado aquí, lejos de nuestras respectivas oficinas, para pedirte algo muy importante. Verás. En 1973 se reestructuró el servicio de seguridad del Estado, y al general Postelnicu le colocaron formalmente bajo su mando una pequeña unidad especial de inteligencia de la que no sabíamos nada, pero que ya llevaba dos o tres años funcionando. El mando real lo ejercía y lo ejerce la propia Elena Ceaușescu. El conocimiento de la existencia de esta unidad seguiría estando restringido solamente al comandante en jefe de la Securitate, a su *staff* inmediato y al jefe de la Dirección 5, encargada como sabes de la seguridad personal de los Ceaușescu... el «más querido hijo del pueblo» y la «científica de fama universal» —agregó burlándose de los eslóganes oficiales—. Hablo, naturalmente, de tu unidad, la dichosa unidad Z. Tanto secreto

para un pequeño equipo de arqueólogos. En fin, cosas de la *compañera*. Pero el caso es que vuestra existencia, aunque desde luego no le sirve para nada a la seguridad del Estado, puede venirle muy bien a nuestros planes para el futuro de Rumanía.

A Cristian le sorprendió que el alto funcionario se refiriera al matrimonio Ceaușescu con tanto desprecio e ironía, pero mucho más lo que vino a continuación.

—Cristian, esto se hunde. ¿Lo sabías?

—Disculpe, compañero general, pero no sé a qué se refiere.

—El partido, el comunismo, la *perestroika* de los rusos, la no *perestroika* nuestra, el mismísimo Gorbachov y desde luego nuestros amados dirigentes. Todo se está desmoronando como un castillo de naipes. Es cuestión de muy poco tiempo, yo diría que un año, o quizá menos. Y en este país puede ocurrir incluso antes. ¿No conoces los «informes verbales»? Tu jefe tiene rango de comandante de dirección y tú de subcomandante, cosa que nunca he comprendido, pero en fin... ¿no te sirve esto para estar informado, o es que te da igual estar informado? ¿De verdad no te enteras de nada? ¿Tan apasionantes son las ruinas de la vieja Dacia que no estás al tanto del mayor cambio político desde la Segunda Guerra Mundial? Polonia ya está perdida, claro: anteayer hubo elecciones y la oposición lo ganó todo. Jaruzelski tendrá que dimitir. Me sorprendería que llegara a septiembre como presidente. Hungría va por el mismo camino: la semana que viene va a comenzar una mesa redonda de negociaciones entre el gobierno y la oposición. Y ya veremos qué pasa en los próximos meses en Alemania oriental, en Checoslovaquia... Este fin de semana hubo unos disturbios fortísimos en Uzbekistán, y eso sólo es el principio del estallido del imperio soviético: demasiadas etnias y culturas en un país demasiado grande. Hasta en China se está moviendo algo: el martes hubo una auténtica masacre de estudiantes disidentes en la plaza de Tiananmen, en pleno centro de Beijing. El derrumbe del comunismo es imparable en todas partes. Incluso aquí, por difícil que pueda parecerte. Pero te aseguro que hay una cosa que no se va a hundir, Cristi.

Popescu se detuvo el tiempo suficiente para obligar a su joven interlocutor a preguntar cuál.

—La Securitate, por supuesto —la tímida sonrisa del alto oficial encerraba toda la arrogancia de aquella poderosa organización.

—Compañero, no acabo de comprender lo que...

—Es muy fácil, Cristian. Cuando llegue el momento oportuno la Securitate sabrá conducir los acontecimientos de tal forma que el cambio de régimen político esté bajo nuestro control. No vamos a permitir el caos, ni una masacre, ni una guerra civil ni tampoco una ocupación extranjera (aunque este último escenario es muy poco probable, salvo que se produzca un giro de ciento ochenta grados en la URSS). Pero una salida pactada, similar a la que se está cocinando en otros países socialistas, tampoco es viable en Rumanía. No con Ceaușescu. Así que cuando llegue el momento, tomaremos limpiamente el poder mediante una operación sencilla, quirúrgica, sin derramamiento de sangre. Aseguraremos una transición civilizada y pacífica hacia un sistema democrático de corte occidental. El sistema socialista está acabado. Su modelo económico sin pies ni cabeza nos ha llevado a la bancarrota. La falta de libertades civiles ha llegado a ser asfixiante y la miseria prolongada ha aniquilado las expectativas y el espíritu de la población. Tus ilustres parientes deben de estar llorando de alegría en sus tumbas, porque la historia les ha dado la razón. En estos momentos casi todo está en el aire, Cristi, pero lo único seguro es que la «pareja real roja» tiene fecha de caducidad y tú debes pensar dónde vas a estar cuando ese plazo se agote.

»Te voy a ser sincero. Fuera de la guardia personal, tu jefe y tú sois los dos únicos agentes del cuerpo en quienes Elena confía total y absolutamente. Aunque te resulte increíble, es así. Parece que tu jefe le ha hablado extraordinariamente bien de ti, y lo que él diga es verdad revelada para esta mujer. Tu jefe es un borrego leal a muerte a la vieja y al *Conducător*, pero tú no. A mí no me engañas, Cristian. ¡Si tenemos informes tuyos desde que tenías doce años, que ya sabes cómo funciona esto! Los he revisado personalmente y hay muchas cosas que no cuadran, ade-

más de varias pruebas directas de que odias el sistema y sueñas con exiliarte, cosa que me parece normal. Lo de tu padre fue una salvajada, y además una salvajada estúpida porque el pobre hombre era totalmente inofensivo. Fue por el apellido, ya sabes. Cristian... lo sé todo sobre ti, créeme. Por ejemplo, aquel ligue tuyo de hace unos meses, cuando todavía estabas formándote en Băneasa, era una agente nuestra. Para una vez que ligas y resulta que era mentira, siento decírtelo. Por eso nunca más has sabido de ella. Y no sólo le contaste más de lo que debías sobre tus ideas políticas sino que encima hablaste en sueños, idiota, ¡hablaste en sueños! A ver si aprendes que en este país después de echar un polvo cada uno se va a su casa, por si el otro es un informador...

A Cristian se le estaba revolviendo el estómago al conocer las artimañas que habían llegado a emplear con él.

—Cuando la *Ceaușeasca* nos llamó en octubre para pedirnos que un par de agentes de confianza reclutaran con discreción a un arqueólogo joven y capaz de convertirse en un buen agente de inteligencia, yo me ocupé de que desaparecieran de tu dossier los datos negativos. También ordené que te redactaran un informe de confiabilidad política de primera, que te sorprendió incluso a ti. ¿Creíste que tu representación había engañado a todo el mundo? Pues no. Eres un buen actor, pero algunos espectadores estamos muy curtidos. Tu profunda vergüenza por haber tenido un padre burgués resulta algo sobreactuada. Y en tu casa se escucha la BBC más que en Londres, así que en realidad resulta que sí estás más informado de lo que parece.

Cristian estaba aterrorizado. El «número dos» le miró a los ojos y esbozó una mueca que intentaba pasar por un gesto afectuoso.

—Tranquilo, chaval. Como ves te he estado protegiendo e impulsando. Tu nivel de vida y el de tu familia han mejorado mucho. Ahora me toca a mí pedirte un favor. Lo que te pido es que hagas por este país algo mucho mejor que exiliarte a la primera oportunidad, porque la nueva Rumanía posterior al maldito zapatero va a necesitar gente como tú —intentó mostrar un rasgo

de afecto poniéndole la mano en el hombro, pero se dio cuenta de lo forzado del gesto y la retiró—. Además, tengo órdenes de la *compañera* de matarte si te fugas, igual que a tu jefe y los demás miembros de tu unidad. Lo digo en serio. Ya puedes refugiarte en la mismísima Casa Blanca, que esa bruja no me permitirá dejarte vivo. Parece que la vieja loca le da una importancia extraordinaria a las investigaciones de tu unidad sobre «nuestros antepasados los dacios». ¡Manda cojones! ¿Se habrá vuelto culta, a fuerza de creérselo? Lo que te propongo es que cuando llegue el momento oportuno me ayudes a propiciar el cambio de régimen y contribuyas así a implantar el sistema que tú también desees. No creo que sea pedir demasiado, ¿verdad? Para ello debes mantenerte en tu puesto y ganarte cada día la confianza de la jefa. Ten en cuenta que habrá que mandarlos al exilio. Cuando llegue la hora, serás una pieza clave por tu proximidad a Elena, Cristian. Y mientras tanto podrás ayudarnos desde tu puesto. Bueno, eso es todo. ¿Qué me dices?

Con el corazón latiendo a toda velocidad, el arqueólogo no sabía qué decir. Era improbable que fuera una trampa porque se trataba del propio *número dos* de la Securitate en persona, y además Cristian sí había tenido acceso a ciertos «informes verbales» a través de ex compañeros de la academia de Băneasa. Todo encajaba, aunque le costaba creer que la cúpula de la Securitate estuviera comprometida con un cambio de sistema. Lo que sí podía entender era que deseara un cambio de dictador, porque la «vieja pareja» y su régimen estalinista, que siempre habían mantenido una relación tensa con Moscú, eran ahora, en plena *perestroika*, un obstáculo para los planes de Gorbachov. Y la Securitate (o al menos una parte de ella) estaba muy coordinada con el KGB. Tras pensarlo un momento, se decidió.

—Compañero general, puede usted contar conmigo. Totalmente y sin reservas —por primera vez fue el arqueólogo quien sostuvo la mirada de Popescu—. Espero no equivocarme, espero de verdad estar haciendo lo mejor para Rumanía. Confío en usted.

—Muy bien, Cristi Yo no te voy a defraudar. No me defraudes tú a mí.

Se despidieron con un apretón de manos y Popescu se fue. Sus escoltas se apresuraron a acompañarle de cerca. Cristian se apoyó sobre la barandilla con la mirada perdida en las barcas que surcaban el lago de Herăstrău. Pasó un rato reflexionando sobre lo que le acababa de ocurrir.

Cuando el general de la Securitate se sentó en su cómodo Mercedes blindado, un amigo de la infancia y altísimo oficial del Ejército le estaba esperando dentro.

—¿Cómo te ha ido, Aurel?

—Bien, muy bien. Tenemos al muchacho incondicionalmente de nuestro lado. El infeliz ha pasado de pronto a ver en la Securitate la esperanza democrática de este país—Popescu ahogó una carcajada—. En fin, ha sido fácil: es un chaval con buen corazón. Nos vendrá bien contar con él cuando llegue el momento. Ahora nos ocuparemos del arqueólogo principal para que Cristian pase a ser el jefe. La loca de Elena le tiene concedida prioridad máxima y acceso absoluto al jefe de esa absurda unidad arqueológica.

Popescu hizo un gesto afirmativo a su asistente, que se había girado desde el asiento delantero, junto al conductor. El oficial tomó el auricular del teléfono y ordenó simplemente «adelante, eliminadle».

—Y a ti, ¿cómo te ha ido con Iliescu?

—Pues bastante bien. Los planteamientos de Ion son los adecuados, y en Moscú están cada vez más convencidos de que él es el hombre. Y de que hay que actuar, pero a su debido tiempo. Queda justo un mes para la reunión del Pacto de Varsovia aquí, en Bucarest. Yo creo que lo que se vaya a hacer tendrá que esperar a septiembre, aunque todo irá en función de los acontecimientos de los demás países, claro —el general Militaru hizo una pausa y comenzó a reír—. Oye, ¿es verdad que la *compañera* Elena está obsesionada con la inmortalidad y se dedica a buscarla en las ruinas dacias? ¿No le iría mejor un poco de gero vital?⁵

5 Medicamento de supuestos efectos rejuvenecedores, basado en la procaína

— ¿Un poco? ¡Para rejuvenecer a esa momia andante seguro que hacen falta toneladas!

Cristian se sentó al volante de su Dacia y se dirigió a la plaza Victoriei, desde donde tomó la calle del mismo nombre para llegar al edificio del Comité Central del Partido Comunista Rumano. En el sótano había un pequeño estudio de televisión y, justo al lado, una puerta que parecía de armario pero que daba directamente a unas estrechas escaleras descendentes. Al final de las escaleras había un largo pasillo y varios despachos y salas de reuniones y de archivo. Era el reino subterráneo de la «inexistente» unidad Z. El personal de seguridad sólo sabía que la mujer más poderosa del país mantenía allí un pequeño equipo a su servicio, y que al parecer eran oficiales de alto nivel de la Securitate que, sorprendentemente, se ocupaban de «cosas culturales». Nadie entendía por qué estaban allí y no en un museo o en las dependencias del propio cuerpo, pero a ver quién era el listo que se atrevía a cuestionarlo abiertamente.

Uno de los agentes de la unidad le informó de que el jefe había salido precipitadamente de viaje por un asunto familiar urgente. Cristian, algo sorprendido, entró en el despacho del comandante. No vio nada fuera de lo normal, pero encima de la mesa encontró un sobre dirigido al jefe. Ya estaba abierto, así que extrajo el contenido. Era un informe codificado en una clave muy simple, que enseguida pudo descifrar. Había sido emitido esa misma mañana por un alto oficial de la Dirección 3 (el departamento de espionaje exterior de la Securitate). Como de costumbre, el informe aparecía como solicitado por el general Vlad, ya que ni siquiera su redactor conocía la existencia de la unidad. Al jefe de Cristian se lo había entregado seguramente la asistente personal de la codictadora.

y creado en 1952 por la doctora rumana Ana Aslan (1897-1988). Durante décadas, la exageración de los méritos de este producto atrajo a Rumanía a miles de pacientes occidentales cargados de divisas. Actualmente se comercializa principalmente como línea de productos cosméticos.

«Nuestro personal de *antena* en Madrid nos confirma que el objeto arqueológico en cuestión parece encontrarse, en efecto, en poder del político mencionado. Parece ser que el político tiene tanto el objeto como el informe sobre el mismo escrito en 1970 por el arqueólogo Santiago Cárdenas. El objeto está probablemente en la caja fuerte de la vivienda situada en la zona residencial llamada La Florida, a escasos kilómetros de Madrid. Si se tratara de otro político menos relevante, no sería demasiado difícil recuperar el objeto o al menos fotografiarlo. Sin embargo, se trata de una de las personas mejor protegidas de España a causa de sus antiguas responsabilidades y de la amenaza terrorista permanente. Descartamos por completo una intervención en su domicilio y recomendamos una negociación con el CESID español, iniciada con una prueba de fuerza por nuestra parte. Si realmente el objeto es de tanto valor, proponemos ofrecer a los españoles algo importante a cambio, por ejemplo la devolución del material sonoro del expediente 4078/81 relativo al intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, es decir, las conversaciones telefónicas interceptadas por un equipo yugoslavo, y posteriormente sustraídas y decodificadas por nosotros. En caso de que los españoles se nieguen a devolver el objeto, se les amenazará con filtrar las grabaciones a los medios de comunicación, lo que podría ocasionar un problema político de primer orden».

Cristian esbozó una sonrisa amarga: esto significaba que a su jefe pronto le iba a tocar un viaje a España. Se dejó llevar por el sueño de ser él quien viajara a Occidente y aprovechar la ocasión para pedir asilo político nada más pisar Barajas, pero enseguida comprendió que su madre y su hermana podrían sufrir serias represalias, y además recordó la conversación que acababa de mantener con Aurel Popescu. Si de verdad se estaba moviendo algo en la cúpula, lo más sensato era quedarse y ayudar desde su puesto a librar al país de los Ceaușescu y del comunismo. A lo mejor era sólo cuestión de meses.

Por la noche, Cristian aparcó frente al moderno edificio de apartamentos donde se había trasladado con su madre y su

hermana un par de meses atrás. Otro privilegio derivado de su rango. Hasta entonces habían sobrevivido al frío, al calor, a la humedad y a las cucarachas en un horrible bloque de hormigón clasificado como «tercer confort» según la jerga oficial y situado en Ferentari, uno de los peores barrios de Bucarest. Ahora, convertido Cristian en todo un alto oficial de la Securitate, él y su familia «merecían» vivir en un enorme piso de... ¡ochenta metros cuadrados! El piso tenía nada menos que tres dormitorios además del salón, la cocina y el baño. Eso significaba que cada uno de los ocupantes podía disponer de su propia habitación y que ninguno de ellos tenía que dormir en el salón o en la cocina: un privilegio impensable en la Rumanía de Ceaușescu. Y lo mejor era el barrio, porque el piso estaba cerca de todo, situado en pleno bulevar Victoria Socialismului, la amplia avenida que llevaba hasta la Casa del Pueblo⁶.

—Hola, mamá —se inclinó para besar a su madre en la mejilla—. He traído unas cosas de la *shop*⁷ para la cena. ¿Está Silvia?

—No, hijo, me parece que hoy tendremos que cenar solos —siguiendo las instrucciones que Cristian le había dado tiempo

6 La Casa del Pueblo es el segundo edificio más grande del mundo, sólo superado por el Pentágono estadounidense. Para construir esa inmensa mole blanca y todo el barrio de alrededor, lleno de edificios oficiales y de amplias viviendas para la *nomenclatura*, Ceaușescu mandó derribar a partir de 1980 más de diez mil hectáreas de la ciudad. Desapareció la mayor parte de la Bucarest medieval y muchas de las elegantes construcciones de principios del siglo XX, que habían conquistado para la capital rumana el título de «el París del Este».

7 Como en todos los regímenes comunistas, en Rumanía existía una cadena de tiendas especiales. Las del régimen de Ceaușescu se llamaban simplemente «*shop*», a la inglesa. Exigían el pago en una divisa con valor auténtico, es decir, en moneda extranjera. Estaban reservadas a la *nomenclatura*, a los agentes de cierto nivel de la Securitate y a quienes tuvieran un buen enchufe. En ellas se vendía a estos privilegiados los productos de importación con los que soñaba el rumano de a pie, condenado a acudir al comercio normal para soportar colas interminables y comprar los escasos bienes permitidos en su cartilla de racionamiento. Para entrar en las «*shops*» hacía falta un carné especial, y dependiendo del rango consignado en él se tenía derecho a comprar más o menos productos.

atrás, subió fuertemente el volumen del televisor y se acercó a su hijo para hablar con él, por si había micrófonos—. Tu hermana se ha ido a visitar a unos amigos, según dice. En realidad, me temo que sea otra de sus reuniones conspiratorias con la gente de la facultad. Después de lo de Polonia, aquí están empezando a moverse muchos grupos, aunque sin coordinación, y Silvia siempre tiene que estar metida en todo. Esta tarde conseguí sintonizar Radio Europa Libre, y parece que Gorbachov ya está harto del régimen rumano. La verdad es que yo comprendo a tu hermana. No podemos seguir eternamente así. Si la coyuntura internacional es favorable a un cambio por primera vez en cuatro décadas, pues hay que aprovechar el momento. Pero no quiero que le pase nada, Cristi. ¡Si sólo tiene veinte años...! Deberías hablar con ella. Que espere a los acontecimientos, que no esté en primera línea...

—Pero mamá, si a mí me tiene en cuarentena desde que acepté el puesto. Si no hay manera de convencerla de que no me he convertido en uno de ellos. No me cree. Siempre está con su ironía y sus indirectas hirientes. Esta mañana me dijo algo así como que papá estaría muy orgulloso de mí por haber conseguido esta casa y el coche, pero qué lástima que para ello hayan tenido que morir él y miles de personas decentes más.

—¡¿Eso te ha dicho?! Se está pasando, Cristi, de verdad. Tenemos que hablar con ella en serio. Parece mentira que no se dé cuenta de que tú estás en una unidad de arqueología. ¡De arqueología!

—Es que no se lo cree, mamá. Y lo comprendo. ¿Quién se va a creer que la Securitate tiene un equipo de arqueólogos? Sólo espero que no lo vaya comentando por ahí. Se supone que no lo sabéis. La unidad es ultrasecreta, ya sabes.

—No, no. Sobre eso sí que puedes estar tranquilo. Tu hermana no te pondría en peligro por nada del mundo. Ya sabes que te adora.

—Eso era antes. Ahora no estoy seguro de nada. Bueno, cambiando de tema, ¿cómo te ha ido el día?

—Pues como siempre. Mira qué horror —señaló una pila de exámenes para corregir—, tengo para toda la noche.

Smaranda Brătianu, era profesora de literatura rumana en un instituto de enseñanzas medias, como lo había sido su marido. La madre de Cristian era una mujer alta y delgada que había sido atractiva pero que, a sus cincuenta y dos años ya casi parecía una dulce viejecita por culpa de su pelo gris. Había encanecido muy deprisa en los años setenta, cuando el régimen se llevó a su marido Laurențiu. Ella sola tuvo que ocuparse de sus hijos mientras el sistema la degradaba a tareas burocráticas en un instituto del extrarradio. La viuda de un disidente no podía dar clase, no fuera a «contagiar» a algún alumno. Le llevó casi diez años recuperar su adorada función docente. Estaban cenando y comentando la impresionante efervescencia de los acontecimientos políticos en el resto del bloque socialista, cuando sonó el teléfono y Cristian se levantó para responder. Regresó a la mesa helado.

—Ha muerto mi jefe, mamá. Un accidente de tráfico, al parecer. El caso es que soy el nuevo jefe de unidad. El viernes por la mañana debo presentarme ante la *compañera*.

—¿Qué compañera? —Preguntó la madre, temiendo la respuesta. Cristian se mordió la lengua demasiado tarde. La noticia le había hecho perder la concentración y decir lo que no debía. Pensó un momento y optó por no ocultarle a su madre con quién iba a reunirse, porque de todas maneras habría terminado por suponerlo.

—*Esa* compañera, la compañera Elena —no necesitaba pronunciar el apellido.

A su madre casi se le atragantó la comida. No sabía que la unidad de su hijo tuviera un trato tan directo con la codictadora. En realidad, Cristian ya se había reunido tres veces con ella, siempre acompañando al jefe de la unidad Z.

Después de cenar se sentaron a ver la anodina emisión televisiva, que apenas duraba un par de horas. Un pasatiempo muy extendido consistía en contar las veces que se citaba el apellido Ceaușescu en los telediarios rumanos. Aquella noche no fue muy especial: sólo diecinueve menciones. Al término de la programación, la mayoría de los rumanos sintonizaba la televisión búl-

gara, diccionario en mano. No entendían nada, pero al menos había más variedad. La madre de pronto se sonrió.

— ¿Quieres oír un chiste? Me lo ha contado esta mañana una alumna. Resulta que Rumanía manda su primer cosmonauta al espacio, y cuando regresa le reciben los Ceaușescu. *Ceașcă*⁸ le pregunta qué se siente allí arriba y el cosmonauta le dice que es muy difícil moverse debido a la ley de la gravedad. Enfadado, Nicolae le pregunta a su mujer: «Pero Elena, ¿cuándo he dictado yo una ley tan tonta?» Y Elena le responde: «¿Y a mí qué me cuentas? Tú eres el que se ocupa de las leyes, yo sólo sé de ciencias».

Cristian pensó que en realidad ese chiste no le hacía justicia a la *compañera*: se quedaba muy corto. Aquella ignorante, cuya educación no había pasado del cuarto curso de educación primaria, estaba obsesionada por aparecer ante el mundo como una reconocida científica, y presumía de una amplia cultura que por supuesto no tenía. Era famosa la anécdota de su intervención en un evento académico cuando, al pronunciar el discurso que le habían preparado, aquella «química de renombre mundial» no supo que CO₂ significaba «dióxido de carbono», se atascó y finalmente leyó «codos»⁹. No sabía lo que estaba diciendo. Sin embargo, uno de los elementos imprescindibles de todo viaje oficial de los Ceaușescu al extranjero era que a Elena se le concediera algún doctorado *honoris causa* o algún premio científico. Cuando viajaron a los Estados Unidos en 1978, se enfadó porque el título propuesto era de la Universidad de Illinois. «¡ ¿Es que Carter no me puede conseguir algo en Washington?! ¡Me niego a ir a ese Ili... como se llame! Y encima para recibir el título de manos de un sucio judío, ¡el colmo!», protestaba amargamente. Pero al ver que no había mejores opciones, no tuvo más remedio que tragarse su orgullo y su antisemitismo, y aceptar el honor que se le ofrecía. No quería quedarse sin un diploma de los Estados Unidos para su colección.

8 Mote con el que la población se refería al dictador, por su similitud fonética con el apellido Ceaușescu. Literalmente significa «taza».

9 En rumano, «*codoi*», sin significado.

Londres, 8 de junio de 1989

EL ISLANDÉS ERA un hombre muy alto que rondaba los cincuenta años. Se puso las gafas y leyó con un gesto de aprobación las anotaciones que el presidente de la Sociedad le había hecho en los márgenes del extenso informe.

—Como siempre, lo más complicado va a ser no llamar la atención. Somos demasiados, presidente.

—Pero hombre, no empieces otra vez con tu paranoia —el máximo responsable de la organización sonrió a su jefe de seguridad—. Entonces, ¿vas a escalonar los vuelos de llegada y salida de los participantes?

—No sólo eso. Los he repartido entre los aeropuertos de Amsterdam, Bruselas y Luxemburgo. Ya sabes que las fronteras dentro del Benelux es como si no existieran. Y lo siento mucho por los que acostumbran a viajar en primera clase, pero esta vez vendrán todos en turista, que llama mucho menos la atención. Ah, en la reunión de hoy tenemos que designar el «grupo de reserva»: los doce miembros que no acudirán a la sesión para refundar la Sociedad si hubiera una catástrofe general durante la asamblea.

—Sí, tranquilo, está en el orden del día. Se hará por sorteo, como siempre. Me parece que has hecho un gran trabajo, sobre todo en la elección del recinto y en la organización del perímetro de seguridad. Podemos «estar seguros de estar seguros».

—Pues yo no estoy tan «seguro»... Mira, el principal problema es que casi el veinte por ciento de los participantes son personalidades relevantes en sus países, ya sea en la política o en el mundo de la empresa. Y así no hay manera.

—Ya, pero no podemos hacer nada. Tienen tanto derecho a estar presentes como tú y como yo. Y ya sabes que entre los nuevos admitidos hay un jefe de Estado, un primer ministro y el presidente de una multinacional.

—Exacto. Como dice un refrán islandés muy popular, «si no te gusta el tiempo que hace, espera un poco y ya verás cómo empeora».

—Mira que sois pesimistas por ahí arriba... Entonces estamos de acuerdo, ¿no? Vamos a proponer al Comité que ratifique la convocatoria de la sesión plenaria de la Sociedad para el miércoles 27 de septiembre a las tres de la tarde, en Rotterdam. Bueno, creo que ya es la hora —el presidente miró su reloj: faltaban apenas unos minutos para las nueve de la mañana, hora británica—. ¿Bajamos?

Salieron del elegante despacho de estilo eduardiano, situado en la planta baja de la casa, y bajaron al sótano, desde donde accedieron a un pasillo oculto que les llevaría hasta un grupo de ascensores. Muchos metros más abajo les esperaba una sala de reuniones, y en ella diez personas más.

Por fuera, el edificio no parecía nada del otro mundo. Pasaba por ser una más de las carísimas casas adosadas de Belgravia, una de las mejores zonas del centro de Londres. Escalinata, columnas, rejas de hierro sobriamente pintadas de negro y una sólida puerta de madera blanca. Junto a la entrada, una placa dorada mostraba cinco círculos concéntricos azules, cuyo grosor era igual al espacio entre ellos. Debajo, también en esmalte azul y con un tipo de letra clásico, la inscripción «Timeguard Ltd.» hacía pensar que el inmueble era la sede de una empresa. Nadie habría imaginado que aquella placa era realmente de oro macizo y pesaba casi cuatro kilos, ni que aquella sociedad mercantil, correctamente registrada y al día de sus obligaciones fiscales, fuera en realidad la tapadera de una organización secreta.

El presidente de la Sociedad ocupó su lugar junto a la enorme mesa circular, compuesta también por cinco aros de grueso cristal azul intercalados con otros de oro. Miro a los presentes uno

a uno. Además del islandés había siete hombres y tres mujeres. Una de éstas, de raza negra, le sostuvo la mirada con una mezcla de decisión y tristeza, y el presidente supo que, a lo largo de esa reunión, le iba a tocar de nuevo mediar en una fuerte discusión.

—En pie —todos se levantaron y se cogieron de las manos, formando un círculo alrededor de la mesa—. En la ciudad de Londres, en el octavo día del sexto mes del año tres mil trescientos treinta desde la fundación de la Sociedad, se inicia bajo mi presidencia, a las ocho horas y un minuto G.M.T., la reunión número doce mil cuatrocientos veintiocho del Comité de los Doce. Que sólo la razón nos guíe.

Canillo (Principado de Andorra), 8 de junio de 1989

Diana Román vio un guardia de tráfico y paró a su lado. Bajó la ventanilla del Ford Fiesta azul y le preguntó en perfecto catalán el camino hacia el valle de Incles. Era fácil. Sólo había que seguir unos minutos en la misma dirección, hacia la frontera con Francia, y enseguida aparecería a mano izquierda la entrada al valle. Le dio las gracias al agente y continuó tranquilamente su camino, contenta de haber terminado esa misma mañana su misión en Andorra.

A Diana le habían dado esta vez instrucciones muy precisas, y la misión apenas le había llevado cinco días. Había colocado unos sofisticados dispositivos de escucha en determinadas oficinas de Andorra la Vella y en dos domicilios privados de Ordino y Les Escaldes. Ya había elaborado su informe y lo había transmitido, debidamente codificado, a la moderna sede del CESID en la carretera de La Coruña, a las afueras de Madrid. Tal como le pidieron, adjuntó su propio análisis político.

La conclusión era sencilla: había consenso entre los principales dirigentes andorranos en no aceptar otro resultado del proceso político en marcha que no fuera la completa transformación

de Andorra en un Estado soberano de pleno derecho, reconocido como tal por sus vecinos y por la comunidad internacional. Tampoco eran ni remotamente permeables a la idea, sugerida de forma discreta y extraoficial desde Madrid, de sustituir al obispo de Urgell por el rey de España como copríncipe honorario del pequeño país pirenaico; ni a la de convertir el castellano y el francés en idiomas cooficiales junto a la lengua propia del país, que siempre había sido el catalán.

Diana dejó bien claro en su informe que los dirigentes espia-dos se mostraban seguros del pleno apoyo tanto de París como de la Santa Sede a sus intereses. Los dos copríncipes del momento, el presidente francés François Mitterrand y el obispo Joan Martí Alanís, estaban decididos a acabar con la extraña y anacrónica situación jurídica de Andorra y asegurar la plena emancipación política de su población autóctona.

Los andorranos esperaban que Madrid terminara por aceptar también sus planteamientos, pero en cualquier caso pensaban seguir adelante y si era necesario llegarían a exponer públicamente el desencuentro con España. Andorra no podía esperar más. Era absurdo que a esas alturas del siglo el pequeño país fuera, junto a la Antártida, el único lugar del mundo que no era «ni un Estado ni parte de un Estado ni territorio colonial de un Estado». Antes de 1995 Andorra debía ser un país «normal», con constitución y embajadas¹⁰.

A Diana no le cabían en la cabeza las ideas de su propio gobierno respecto a este asunto, y comprendía perfectamente a los dirigentes andorranos. Andorra existía desde el siglo XIII,

10 El pueblo andorrano aprobó en referéndum su constitución el 14 de marzo de 1993. La jefatura del Estado, meramente honoraria y desprovista de todo poder efectivo, siguió recayendo en las personas que ostenten los cargos de presidente de la República Francesa y de obispo católico de Urgell, con el título de «copríncipes». El poder político reside en el Consell General de les Valls, parlamento unicameral elegido por sufragio universal. El Principado de Andorra ingresó como Estado soberano en la Organización de las Naciones Unidas el 28 de julio de 1993. Su único idioma oficial es el catalán.

mucho antes que los Estados francés y español, y era un país por derecho propio. Convertirlo en una especie de territorio autónomo de soberanía compartida hispanofrancesa, con ambos jefes de Estado como copríncipes, habría sido un fraude. Se habría falseado la historia y se estaría conculcando los derechos de los andorranos. En realidad había muchas otras cosas en la política española, sobre todo la exterior, que Diana no compartía.

Ahora tenía, por fin, un día entero a su disposición, y pensaba disfrutar de aquel cálido jueves. En realidad no tenía que presentarse en el CESID hasta el sábado por la mañana, pero tenía cosas que hacer en Madrid el viernes por la tarde. Como de todas maneras iba a realizar el viaje de regreso dando un enorme rodeo por Francia para devolver el coche de alquiler en Tarbes y recuperar su propio vehículo, se propuso dedicar unas horas a visitar el valle andorrano de Incles y hacer a pie el camino hasta los lagos de Juclar. Meses atrás le había hablado de la belleza de ese paraje Merche, una de sus compañeras de piso en Madrid, aficionada al montañismo.

En realidad, lo que buscaba Diana era desconectar durante unas horas de la frenética actividad de los últimos meses, desde que sus superiores habían dado por terminada su formación y habían empezado a asignarle misiones. Aparcó al final de la carretera y comenzó la marcha. Tardó apenas una hora y media en ascender hasta el primero de los lagos. No había nadie. Miró a su alrededor impresionada por el paisaje, y se sentó en una gran piedra plana junto a la orilla. Le escocían los ojos. Hurgó en su mochila y unos minutos después ya se había quitado las lentes de contacto y se había puesto las gafas.

«Pero, vamos a ver... ¿qué hago yo metida a espía?», se preguntó una vez más. A ella lo que le interesaba eran los idiomas, la literatura, la política... No es que se arrepintiera de haber aceptado un puesto en el CESID. Al contrario, algunas de las misiones le resultaban apasionantes. Pero pensó que seguramente se estaba perdiendo muchas otras cosas. Era una vida interesante pero no terminaba de satisfacer sus grandes necesidades de

realización personal. Además todo era tan extraño... «irreal», ésa era la palabra. No acababa de creerse todo lo que le estaba pasando en los últimos tiempos. Algo le decía que había piezas que no encajaban, aunque no viera cuáles. Pero intentó no caer nuevamente en ese pensamiento. «No te dejes llevar por la intuición, Diana: razona». Recordó el principio que siempre la había ayudado: el de «no contradicción». Pero el problema es que no encontraba ninguna contradicción que resolver. «Será que todo esto me viene grande: poner micros, allanar oficinas, robar informes, ir armada, representar identidades falsas... ¡cómo no me va a resultar increíble!»

Se tumbó boca abajo en la cálida piedra y vio su reflejo en el lago. Una cara «mona», ni muy guapa ni muy fea. Lo mejor eran sus ojos, negros y grandes. Pero ella nunca había estado contenta con su físico, aunque tampoco era fuente de ninguna obsesión. Tenía veinticinco años, a punto de cumplir veintiséis. A duras penas había compaginado su labor en el CESID con el final de su segunda carrera. Terminarla había sido un hito pero ahora, ¿qué? En realidad no tenía la menor idea de qué hacer con su vida. Sin embargo, a su alrededor se movían discretamente intereses y fuerzas que nunca habría imaginado, y que en los próximos meses iban a resolver de por vida esa inquietud. Miró de nuevo a su alrededor. Nadie. Se despojó del pantalón vaquero y de la blusa de seda y se lanzó al agua helada. Poco después iniciaría el descenso hacia el vehículo, hacia Francia y luego Madrid. Hacia una vida que iba a complicarse hasta un punto que jamás habría sospechado.

Gijón, 8 de junio de 1989

Leonor Muñoz cerró tras de sí la puerta del despacho. Introdujo la llave en la cerradura de seguridad y le dio tres vueltas. A continuación, la prestigiosa antropóloga se cercioró de estar sola,

se arrodilló y levantó una minúscula pieza desprendible de la parte inferior del marco, inapreciable cuando estaba colocada en su sitio. Allí apareció otra cerradura más pequeña y mucho más sofisticada. Introdujo la llave correspondiente y al girarla activó un conjunto de medidas de seguridad adicionales. Puso la pieza de madera en su sitio y se levantó con cierta fatiga. A sus cincuenta y seis años, comenzaban a cansarle estas tareas.

Se apoyó un momento en el pomo de la sólida puerta y finalmente se dirigió a la cocina. Su hijo Marcos estaba sentado en una silla, con un brazo caído y el otro encima de la mesa. Temblaba ligeramente y tarareaba una canción irreconocible mientras miraba al jardín a través de la ventana.

—¿Qué estará haciendo Diana? —se preguntó en voz alta justo cuando entraba su madre.

—Ah, ¿conque ahora te preocupas por tu hermana, eh? Pues haberlo pensado mejor antes de tratarla como lo hiciste.

—Ya sabes que fue mi enfermedad, mamá —Marcos se volvió hacia su madre. Aún tenía diecinueve años, aunque el día siguiente iba a cumplir veinte. Por supuesto, no contaba con la visita de su hermana para felicitarle. Su relación estaba rota.

—¿A qué hora tienes que estar en la parroquia?

—A las tres y media.

—Te llevo. Me queda de camino. ¿Qué vais a hacer hoy?

—El padre Martín nos va a enseñar la catedral de Oviedo, y luego volveremos a Gijón. Tenemos una recogida de muebles viejos esta tarde.

—Muy bien. ¿Te has tomado la medicación? —le miró con severidad.

—Sí.

A la madre le destrozaba ver a su hijo desperdiciar su juventud convertido en un meritorio de los curas. «Terapia ocupacional», según el doctor Atienza, del centro de desintoxicación. Marcos ya llevaba unos meses sin drogarse, pero sus padres no albergaban muchas esperanzas. Ya había recaído dos veces desde su primer tratamiento. Sonó un timbre y Leonor cogió el re-

cién estrenado teléfono inalámbrico, ese pequeño milagro de la tecnología más actual que tanto sorprendía a las visitas.

—¿Sí?

—Hola, cariño, soy yo —la voz del prestigioso físico Carlos Román apenas se distinguía del ruido de fondo, típico del trajín de un gran aeropuerto—. Cambio de planes: voy a tomar un vuelo a Ginebra, me han pedido que ayude a interpretar una lectura muy extraña del sistema. Es posible que se trate de una partícula desconocida. Mañana por la noche tengo reservado un vuelo a Madrid para conectar con el último a Asturias. Llegaré a las tantas, sobre las once y media, creo.

—Bueno, pues iré a buscarte a Ranón.

—No, no, si tengo el coche allí, en el parking del aeropuerto.

—Ah, claro. Lo había olvidado. Bueno, ¿qué tal?

—Bien —respondió cambiando de idioma—, pero empieza a haber cierta impaciencia, ya sabes. Ahora ella es la clave. Por cierto, ¿sabes algo?

—No, nada. Como siempre —respondió Leonor en castellano y escogiendo bien las palabras, porque su hijo seguía allí—. Pero creo que hablaremos hoy. Yo creo que ya va siendo hora de explicarle...

—Ah, debe de estar Marcos por ahí, ¿no? —dijo su marido, regresando también al español.

—Sí, ahora voy a acercarle a la iglesia. Parece que el cura les va a llevar esta tarde a visitar la catedral de Oviedo y después a recoger muebles viejos.

—¡Dichosos curas...! En fin, mientras le mantengan ocupado... Pues ni un duro, ¿me oyes? Que tú bajas la guardia y...

—No, Carlos, tranquilo: no le pienso dar dinero —dijo la madre mirando a los ojos a Marcos, que bajó la vista con tristeza—. Ya sé que todavía no se le puede confiar ni una peseta. Ah, tengo una buena noticia. Ha llegado un mensajero con una carta de nominación...

—No puede ser. ¿Otra vez?

—Sí señor, te han vuelto a proponer para el Nobel de Física.

—Pues habrá que montar otra vez un buen *lobby* para evitarlo. Sólo nos faltaría eso: atraer la atención durante el resto de mi vida. Entérate de quiénes son los demás nominados, a ver a cuál podemos ayudar discretamente.